

Teatro para un país en proyecto

Proyecto 1980/2000 – El tiempo que heredé es una obra dirigida por Sebastián Rubio y Claudia Tangoa, donde participan Sebastián Kouri (hijo de Alex Kouri), Lettor Acosta (hijo de Matilde Pinchi Pinchi), Carolina Huamán (prima hermana de Dora Oyague, estudiante desaparecida de la Cantuta), Amanda Hume (hija del periodista Gilberto Hume) y Manolo Jaime (hijo de un militar). El destape de los “vladivideos” es uno de los puntos de encuentro en sus biografías, marcadas por la participación de sus familiares en la conflictiva historia reciente del Perú.

La obra lidia con fluidez y buen humor con temas como trauma, perdón, duelo, memoria, tiempo e historia, para lo que resulta fundamental su fragmentación y falta de linealidad: en el escenario vemos una línea de tiempo que parece estar ahí para ser negada y reescrita a medida que los testimoniantes cuentan sus versiones de las cosas, saltando entre anécdotas personales y hechos sociales. Por ejemplo Amanda describe a su padre leyendo fragmentos de sus cartas con sus compañeros y vinculando su ausencia en casa con su trabajo en el Golfo, o sus juegos de niña con la matanza de Barrios Altos.

Escenificadas por personas que vivieron esa época de formas muy distintas, podemos imaginar la complejidad de traducir en imágenes y acciones sus distintas memorias. Esto es evidente cuando cada uno describe Tarata: desde una consciencia plena de lo acontecido, hasta el desconocimiento de Sebastián, a quien su familia le decía que la *cinta scotch* en las ventanas era por los posibles terremotos.

Proyecto 1980/2000 resulta muy pertinente pues sus participantes hacen colectiva y públicamente lo que no emprendemos como país: crear espacios para compartir nuestras historias personales desde sus diferencias, sin que se anulen unas y sobredimensionen otras. Utilizando diversos recursos escénicos construyen algo en constante cambio, que evita ser conclusivo, trabajando la historia peruana a partir de testimonios íntimos y sencillos. Somos llamados a pensar otras formas de recordar y contar lo recordado, evidenciando la insuficiencia de espacios y rituales públicos para abordar el trauma en nuestra sociedad.

Un momento potente es cuando pasan de hablar de etiquetas en la moda, a literalmente etiquetarse entre ellos. Se reparten carteles que muestran al público para luego notar que “no les corresponden”. Los intercambian hasta que cada uno sostiene el estereotipo con el que podría relacionarse: víctima, victimario, corrupto, vendida, cómplice. Luego las voltean para escribir cada uno lo que quiere. Esto emociona porque los espectadores podemos reconocernos como responsables de reproducir estereotipos diariamente. Siempre es más sencillo encajárselos a los famosos (o a sus hijos), pero todos lidiamos con el miedo a reproducir algún estereotipo y con la tentación de encasillar a los demás. Así, podemos imaginar el reto que debe haber implicado apropiarse de sus etiquetas, alterarlas de acuerdo a sus intereses individuales y transformarlas en algo que los represente colectivamente.

Aunque sea una colectividad pequeña, es una que hace público su trabajo de duelo. Son capaces de enfrentar algo doloroso y transformarlo en algo a través de lo cual relacionarse con el futuro. Cortan las letras de las etiquetas y arman entre todos una frase muy significativa y evocadora, que transmite honestidad. Parecen invitarnos a preguntarnos cómo ampliar y replicar lo que presenciamos, cómo crear y defender espacios desde donde sumarnos a su reivindicación. Para saber qué dice la frase, atentos a la próxima reposición de la obra, que seguramente la habrá.